



Publicaciones
académicas y
científicas

UNIVERSIDAD
PROVINCIAL DE
CÓRDOBA | UPC

Autor: **Ahualli Guevara, Ricardo Luis**

Artículo de revista

Recreación de los valores. Parte I

Año: 2021

Ahualli Guevara, R. L. (2021). Recreación de los valores. Parte I. *Minka, recreación y lúdica*, (2), 29-32. Repositorio Digital Institucional Universidad Provincial de Córdoba. <https://repositorio.upc.edu.ar/handle/123456789/387>

UNIVERSIDAD
PROVINCIAL DE
CÓRDOBA



REPOSITORIO.UPC
Repositorio Digital Institucional

Documento disponible para su consulta y descarga en el [Repositorio Digital Institucional Universidad Provincial de Córdoba](#)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](#).

Recreación de los valores

(PARTE I)

PRO-LOGO para AXIO-LOGOS



**¿Qué debiera decir, que fronteras debo respetar?
Si alguien roba comida y después da la vida,
¿qué hacer? ¿Hasta dónde debemos practicar las
verdades? ¿Hasta dónde sabemos?**

Silvio RODRÍGUEZ - "Playa Girón"

Ricardo L. AHUALLI GUEVARA
(Mendoza)

Profesor y Licenciado en Educación Física.
Doctorando en Ciencias Sociales por la
Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.
Docente e Investigador en Educación Su-
perior. Coordinador Ejecutivo de la Diplo-
matura de Posgrado en Teorías y Prácticas
latinoamericanas del Ocio y la Recreación
(FCPYS, UNCuyo). Asociado de la Red
Latinoamericana de Recreación y Tiempo
Libre (sede Bogotá). Miembro de OTIUM,
(Red Iberoamericana de Investigación en
Ocio y Recreación, sede Bilbao).
Integrante de la Asociación
"Laberinto Sur" (sede Mendoza).
Email: rahualli2003@yahoo.com.ar

Lección Inolvidable

Hay un preconceito sobre esto de escribir para una revista académica: que tiene que cumplir con un estilo neutro¹, que hay ciertas reglas de escritura, que no se deben hacer afirmaciones apriorísticas, etcétera, etcétera... Respecto del estilo, sé que en el ambiente académico esta práctica es la apropiada, aunque siempre me ha parecido un poco impersonal; como que se intentara compartir parte de la responsabilidad de lo que se escribe o, en el peor de los casos, eludirla o esquivar las consecuencias.

También -respecto del estilo y, por ejemplo- seguramente sea inapropiado dar inicio a un ensayo académico con una narración pueril; pero, estamos en el ámbito de la Recreación y, además, permítaseme el atrevimiento de recordarnos que muchas fábulas y mitos han sido inspiración para el conocimiento (Ahualli, 2019).

Así que -el que avisa no traiciona- quiero compartir un relato.

Se trata de un suceso de esos que se quedan instalados para acompañarte; la enseñanza que me trajo no es replicable, porque creo que todos somos distintos a la hora de sentir y aprender, aunque iguales cuando se trata de descubrir. Digamos que queda a disposición del lector cualquier comprensión de los hechos: libre interpretación.

Antes de avanzar en esta historia, debo decir que creo que casi todos los 'profes' hemos pasado alguna vez por un campamento. De modo que muchos de los que estén leyendo quizá aprecien esta narración, no tanto por reveladora como por resultar familiar.

1. Un estilo donde se expresan en el plural de la primera persona. Aquí pretendo hacerme cargo de todo lo que digo. En una particular retórica, expresarme en primera persona, creo, me pone más en contacto con lo cotidiano y con el otro, con el que lee o -me creo yo- escucha; quiero llegar a la persona, no al individuo.

El episodio al que quiero referirme ocurrió en una época -hace unos cuarenta años- en que yo trabajaba mucho en esa actividad. Recuerdo esa tarde muy bien, era el último día de acampe, habíamos arriado la bandera de su mástil y los niños se encaminaban hacia el ómnibus que los devolvería a la ciudad. Era una de esos perfectos atardeceres de febrero y entre las últimas sombras de la arboleda del camping se iba poniendo el sol.

Quizá el día me pareciera tan plácido, porque finalizaba una tanda de cuatro campamentos y me sentía satisfecho de que todo hubiera salido bien; habíamos traspirado mucho para que chicos y chicas aprendieran, se divirtieran y todos volverían sanos y salvos a sus casas.

Yo estaba pensando en todas estas cosas cuando escuché una voz menuda a mis espaldas. Me di la vuelta para encontrarme frente a frente con un enano de diez años que conocía muy bien: Gastón, el más chico del equipo "Los Pumas", un grupito que eran la piel de judas; nos habían dado batalla y los habíamos conquistado después de cuatro días de paciencia y trabajo docente. Uno por uno, se habían sumado a la dinámica del campamento... menos Gastón, que no se había entregado.

Él me estaba preguntando algo que yo no había alcanzado a escuchar bien. Le tiré un chiste como para apurarlo, pero persistió en su actitud y volvió a preguntar: "Profe, ¿puedo tocar?"

Es increíble lo que hacen los prejuicios... lo digo porque levanté mis defensas como para correrlo de un grito, hasta que me di cuenta que él estaba señalando lo que yo tenía en las manos. Cuando él me habló, me encontraba desatando la bandera de la driza del mástil, y ahora la tenía hecha un montón arrugado entre mis brazos; el niño la miraba con una expresión extraña en el rostro. Le pregunté si se refería a tocar la bandera, a lo que siguió un silencio que tomé por una rotunda afirmación.

Entonces me di cuenta, este petiso incorregible estaba revelándome una angustia, este pequeño

salvaje estaba abriéndome de par en par el pecho. Sentí en ese momento la típica vergüenza del que ha ignorado algo importante, por eso es que dije, sólo para confirmar: "Gastón, ¿nunca tocaste una bandera?"

Otro implacable silencio precedió a lo que me pareció un puchero en su rostro; meneó la cabeza con rapidez y, sin mirarme, dijo algo así como que "a la bandera pasan los correctos".

Yo era, entonces, un profesor de educación física muy técnico, que seguía los manuales y mi modesta moral no incluía una idea distinta acerca de premios y castigos o sobre lo que era merecer o no una bandera. Sin embargo, ese día, en ese momento, se me cayeron los libros...

Lo que hice, entonces, fue extender cariñosamente el paño celeste y blanco y, con la misma actitud, se lo entregué lenta y ceremoniosamente. Él lo recibió con la misma disposición, y, seguidamente, escoltamos la bandera al lugar donde siempre la guardábamos, cada atardecer.

No nos dijimos nada. Yo no hubiera podido, y creo que él no lo necesitaba; así fue que subió a reunirse con los otros niños y niñas en el transporte que los llevaría de vuelta a su realidad.

Los vi irse y nunca más supe de este chico, que ese día me había dado una lección inolvidable: La bandera de la patria -y digo de la patria, porque la patria no tiene banderas- para que tenga sentido, debe estar en manos de sus hijos e hijas, debe ser portada por alguien que la pretenda, alguien que, aunque no se muestre digno ante los ojos de sus iguales, la lleve por el derecho que se conquista al amarla, al comprender y asumir la honra que supone portar un emblema que nos representa a todos.

Una Narración sobre Valores

¿Sobre qué diríamos que es este relato?

¿Es sobre los prejuicios? Porque, convengamos, no hay nada más sencillo para nuestro intelecto que levantar la fortificación de la desconfianza y

la suspicacia y atrincherarnos en el abrigado sentido común, para que la realidad no nos desafíe. ¿Será sobre el mérito? Aquí habría que considerar si Gastón tuvo las mismas fortalezas en su vida y oportunidades de su contexto para competir en la inequitativa carrera por las cosas 'merecidas'. ¿Sobre la didáctica? Si es sobre determinadas formas de hacer las cosas en la educación, y no estamos dispuestos a romper algunas reglas, podríamos caer -sin advertirlo- en un "Lecho de Procasto"²

¿Sería sobre un niño con una conducta poco normal? Habrá que tener en cuenta que 'normalidad' es sólo una palabra -a veces un eufemismo- y su significado está al servicio e interpretación de cualquier hegemonía cultural. No sirve, realmente, para describir nada (Ahualli, 2020).

Como dije en un principio, la interpretación de la narración dependería del aprendizaje de cada uno. Y, aunque en el momento fugaz -y sorprendente- del acto de descubrimiento, todos nos parecemos, seguramente cada quien encontrará diversa comprensión. Aquella dependencia será según variables emocionales, racionales o morales.

En mi caso, la ficha me cayó, en cada momento de mi vida en que me vi frente a experiencias que estuvieran relacionadas a los valores. Valores, tema peliagudo...

Permítaseme, a continuación, describir cómo se produjo -en una revelación, casi una epifanía- la relación entre Recreación y Valores.

El Desplante de Natalio

Corría el año 2006 cuando comencé a incursionar, inocentemente, en el estudio sobre los Valores. Entonces no imaginé que se volvería cuestión tan emergente, tan vigente, ni tan necesaria.

En aquel momento me encontraba compilando material sobre el tema para un ensayo que se publicaría en una revista local, cuando se presentó intempestivamente mi hijo de diez años. Es de lo

más común que Natalio irrumpa cuando estoy concentrado en algo -han pasado quince años de este episodio, y todavía lo hace- normalmente viene con preguntas y esto puede ser debido a que, frecuentemente, le doy o hemos buscado juntos las respuestas. Digo que da algún trabajo, pero ha valido la pena; nuestras conversaciones, con los años se han vuelto cada vez más interesantes y, han contribuido a una relación de interdependencia en el mutuo conocimiento.

"Papi, ¿qué es valor?" preguntó. Como yo sabía que las acepciones son muchas, y me encontraba ocupado, tomé al vuelo una respuesta, rápida, para un chico de su edad. Le dije que valor era eso que él generaba dentro para cruzar el pasillo a oscuras y llegar a su habitación, aun cuando tuviera miedo.

"Si, pero no, yo digo de los valores que se pierden", respondió. Como no le diera muestras de entender, me explicó que en la escuela le habían hablado de esos valores. Entonces, puse mi mejor cara de manos a la obra y, con algún pensamiento homicida hacia la maestra de mi hijo, me acomodé mejor y le pedí que trajera el diccionario grande. Éste era uno enciclopédico, que pesaba como cinco kilos, y que a él le encantaba. Recorrimos al menos media docena de acepciones hasta que encontramos lo que él estaba buscando, le traduje las definiciones a un léxico más apropiado, pero me dio a entender que no se terminaba ahí la cosa...

"¿Y por qué se pierden los valores?", continuó, mientras yo suspiraba deseando que la maestra sintiera el ardor en las orejas. Me armé de paciencia y hablamos un rato largo sobre las calamidades de nuestro siglo, de nuestra sociedad y del ser humano dentro de ella, por supuesto que en términos que él pudiera comprender.

"¡Buena!, ¡alguien debería hacer algo para encontrarlos de nuevo!", dijo, mientras salía del escritorio.

El desplante me dejó descolocado, no por el tono de indignación que había adoptado aquel enano decenario, sino por las palabras que había utili-

2. El "Lecho de Procasto" (o Procastes) es una expresión proverbial que se refiere a quienes pretenden acomodar siempre la realidad a sus intereses o su visión de las cosas. Refiere al mito griego de un personaje que tendía a sus víctimas en un catre, descoyuntando o cortando partes de sus cuerpos para que encajaran en las dimensiones del mismo.

zados: encontrarlos de nuevo. No pude dejar de pensar que la recopilación que había realizado anteriormente -que era para ser publicado en la revista "Recreación", de Córdoba- casi no relacionaba los valores con la Recreación.

"Encontrarlos de nuevo". No nuevamente, sino de nueva forma. Rehacerlos, recrearlos.

Entre los que nos dedicamos a reflexionar y/o a actuar en torno a la Recreación y el Tiempo Libre no nos caben dudas de que la primera constituye un fenómeno transformador, mutante. Un verdadero catalizador. Ahora, bien, hay muchas cosas recreables. Se pueden recrear las personas y los grupos, los ámbitos. Se pueden recrear las actividades y tareas, hasta, incluso, la ideología que sustenta todo lo anterior (Ahualli, 2011). ¿Por qué no los valores?

Releí las definiciones del diccionario de cinco kilos. Diez acepciones, cuatro localismos y había aplicaciones para catorce disciplinas y media página sobre el tema desde la Economía, la Política y la Filosofía. Aplicaciones todas, que lo llenan a uno de preguntas y claro, no pude evitar encontrar nuevas asociaciones para cada acepción:

Valor.

Cualidad o conjunto de cualidades que hacen que una persona o cosa sea apreciada. (¿cualidades o cantidades?) •• Grado de utilidad o aptitud de las cosas, para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite. (¿y las descartables, que?) •• Cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da cierta suma de dinero u otra cosa equivalente para poseerlas (si perdimos valores, ¿los cambiamos o los vendimos?; además, valor también es algo que se cotiza en bolsa, así que, ¿en qué extraña bolsa cotizan nuestros valores?) •• ... •• Cualidad del ánimo, que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros; valentía (¿quedan valientes en estos tiempos? ¿y qué sabe de la valentía un valiente de hoy?). Y había más: •• Osadía, atrevimiento, desvergüenza (de esto último sí saben nuestros

valientes políticos) •• Subsistencia y firmeza de algún acto (¡ahí perdimos a varios políticos!) •• Fuerza, actividad, eficacia o capacidad de las cosas para producir sus efectos. (¿por ejemplo, ese objeto que me regaló mi padre, que para muchos no dice nada, o es insignificante, pero que forma parte de mi historia, y que al mirarlo o tenerlo entre las manos evoca para mí, sensaciones o sentimientos?) ... (Espasa Calpe, 1998).

Me di cuenta, entonces, que el exabrupto de Natalio podía tener implicaciones... o aplicaciones bastante profundas...

Si para mi episodio con Gastón, yo hubiese tenido la capacidad y las habilidades de un recreador habría entendido que sus valores no son, necesariamente, como los míos.

Habría comprendido en él su ser histórico y no lo hubiera tratado como los que, cotidianamente, lo excluían de acercarse a la enseña celeste y blanca. Podría haberlo acompañado en su liderazgo natural y habríamos encontrado su rol en el grupo, recreando las condiciones del proceso de todo el colectivo.

Habría considerado un campamento como un laboratorio, donde las niñas y niños protagonizaran más, y recrearan, incluso, cómo es eso de merecer la bandera.

Hubiéramos hecho nuevos recorridos y, quizá, él volvería a casa con aprendizajes más esenciales. Podría haber percibido su ansia de libertad...

Todas cosas que ahora veo. Pero no fue así.

Hoy, Gastón debería tener unos cuarenta y pico de años y quiero creer que es una persona autónoma, que no ha sucumbido a la meritocracia, que tiene y expresa sus propios valores.

Quiero creer que es libre y feliz...